

El autor concluye este apartado diciendo que se imponen unos imperativos que matizan el alcance del poder, y que debe garantizar el Estado, sobre la base del bien común como norma suprema de la institución estatal. Cabría resumir los imperativos en tres principios: el principio de la solidaridad social, el principio de subsidiariedad y la comunidad universal de los pueblos.

M.^a ANGELES BADÍA

**P. H. Randle, editor: LA CONSERVACION
DEL PATRIMONIO MATERIAL Y ESPIRITUAL
DE LA NACION (*)**

Esta obra es, en cierto modo, continuación y complemento de otra editada por el mismo organismo que ésta y bajo la dirección también del arquitecto y humanista Patricio H. Randle (**). Es el resultado de un simposio realizado en Buenos Aires por la Asociación OIKOS. La obra anterior trataba de la «Contaminación», no sólo en su aspecto material sino también en sus relaciones con el ambiente cultural y espiritual. Pero toda idea de contaminación lleva consigo la definición del contaminante y del contaminado; y, de este último, si se quiere mantener incólume, debe de conservarse en sus características esenciales. Es, por lo tanto, la idea de la conservación la base y el fundamento de la lucha contra la contaminación.

La contaminación no tiene únicamente como consecuencia el corromper, viciar, pervertir e inficionar sino que, especialmente ahora, es una manifestación de una tendencia muy marcada de la afición al cambio y a la inestabilidad; es la idea de la evolución, la negación de todo lo básico y definido; en el fondo, es la filosofía de la revolución permanente —que hace peligrar la «integridad material y espiritual de la Nación, que sólo puede salvarse conservando lo más esencial de sus reservas», como dice Patricio Randle en la nota preliminar del libro—. El concepto de «progreso» se elevó a la categoría de absoluto, oponiéndolo dialécticamente a la tradición. Es necesario luchar contra los excesos del «progresismo» y rehabilitar el concepto de conser-

(*) Buenos Aires. Oikos, Asociación para la Promoción de Estudios Territoriales y Ambientales (1982), 292 págs.

(**) «La contaminación ambiental», reseña por J. Garrido, en *Verbo*, núm. 195-196, pág. 781.

vación que no es sinónimo de inmovilismo o parálisis sino construcción armónica y continuada sobre la base de lo esencial que no debe cambiar. La búsqueda de esto esencial es la tarea principal de todo aquel que quiera basar sus actuaciones sobre fundamentos seguros.

Lo esencial tiene diferentes aspectos: desde el más al ras del suelo, como es la conservación de este mismo para el desarrollo de la agricultura, hasta los más elevados de los conceptos intelectuales y espirituales. A lo largo de 14 sustanciales capítulos pasa en revista, el libro que reseñamos, los principales aspectos de la idea de conservación.

Empieza esta obra con cuatro exposiciones sobre la conservación de la naturaleza, los suelos, la flora, la fauna y los ambientes naturales que hace sólo algunos lustros no eran preocupación para los corifeos del progresismo; sólo veían éstos como porvenir de la humanidad una creciente industrialización y tecnificación de la vida humana. La realidad se ha encargado de rectificar estos sueños progresistas y ahora el conservadurismo es ya la tesis oficial en lo referente a la naturaleza material. No ocurre lo mismo con los aspectos no materiales de las actividades humanas, en las que todavía imperan las utopías progresistas. El potencial energético y los ambientes humanizados son dos aspectos en los que el conservadurismo también se va abriendo camino, aunque todavía hay mucho que cambiar en la mentalidad tecnificadora y científica de muchos directivos y ejecutivos, como se dice actualmente.

Las ideas conservadoras en el aspecto cultural son todavía más difíciles de inculcar a los hombres actuales, llevados por un lado, a la propagación de ideas uniformadoras a nivel mundial y, por otro, al desprecio del pasado, especialmente en su aspecto clásico. Por esto son particularmente importantes los capítulos de esta obra referentes, uno de ellos, a la conservación de las culturas autóctonas, por Mario Califano, y, otro, sobre la cultura clásica, de Alfredo Di Pietro. En las culturas autóctonas hay que decantar los valores positivos de los contrarios, a los que pueden ser compatibles con la cultura cristiana; descartando las tesis del «buen salvaje» —que, a pesar de su carácter reaccionario, reviven actualmente en algunos medios intelectuales—. El artículo de Alfredo D. Pietro es particularmente interesante por su defensa de las raíces greco-latinas de nuestra civilización o más bien del «espíritu grecorromano» sublimado por lo cristiano. Analiza las relaciones entre esto último y lo «clásico», siendo aquél la coronación de éste y termina señalando los

peligros que conlleva el olvido de los valores clásicos y la necesidad de una reacción.

Como valor fundamental que hay que conservar a toda costa está la Hispanidad, analizada con precisión y con pasión por Roberto H. Marfany, que aboga por la necesidad de fortalecer o restablecer el legítimo origen hispánico para recuperar el ser histórico.

Un factor importante para la conservación de los valores culturales fundamentales es el referente a la conservación del acervo historiográfico que trata Néstor Tomás Auza, el patrimonio histórico-cultural y la conservación de las instituciones naturales o «ecologismo integral» tratados, respectivamente, por Carlos María Gefly y Obes y por M. Montejano.

Termina con algunas contribuciones de carácter más político, como el conservadurismo en la política argentina, la tradición, la revolución y la conservación y, finalmente, sobre la conservación de la fe, por Héctor Aguer.

En resumen, un volumen lleno de interesantes sugerencias y de ideas originales —que contrastan con la monotonía de conceptos de aquellos cuya única idea fundamental es una fe indiscriminada en el progreso material que, según ellos, sería necesariamente origen de desarrollos positivos en la ética y hasta en la religión—.

JULIO GARRIDO

**Javier Nagore Yárnoz: EN LA PRIMERA DE NAVARRA
(MEMORIAS DE UN VOLUNTARIO NAVARRO EN RADIO REQUETE DE
CAMPAÑA) (*)**

Este libro de Javier Nagore es, para los que de algún modo (aunque sea menos brillante) participamos en los frentes de la misma Cruzada española de hace más de un tercio de siglo, un memorial emocionante, pero también es, para cualquier lector más alejado, una historia del más alto interés. Una verdadera historia, como debe ser, de «soldados conocidos». Ya en otras ocasiones ha dicho que los historiadores deben tener muy presente el Monumento de los Muertos de Navarra en la Cruzada, que se contempla en Pamplona, un excelente ejemplo de monumento a los «soldados conocidos», pues en sus muros interio-

(*) Madrid, 1982, 167 págs.